

Mirando al sol. O cuando la fotoprotección no existía



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular de
Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección de
Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.

Mirar al sol es peligroso. Porque el sol es dios y no es bueno provocar a los poderosos. O eso debían de creer nuestros más remotos antecesores cuando veían aparecer en el horizonte el maravilloso astro dorado que daba calor y vida a todo lo que tocaba, pero que también podía quemar y cegar a los más atrevidos. Es seguro que ante tales contradicciones el ser humano se sintió desconcertado.

Por si acaso, la cultura egipcia, antes incluso del 2400 a. C., nombró a Ra dios del sol y del origen de la vida, y también responsable del ciclo de la muerte y la resurrección.

Más cerca de nuestros días, la mitología griega identificó a Apolo (Ἀπόλλων o Ἀπέλλων, Apéllōn), hijo de Zeus y Leto y hermano mellizo de la cazadora virgen Artemisa, con el dios del sol o Helios. Tenía el poder de curar la enfermedad, pero a la vez –casi como en una profecía de lo que ahora sabemos– de atraerla y descargarla entre los humanos. En preciosa correspondencia, su hermana se equiparó con Selene, diosa de la luna. El hijo del dios y sus nietas (Asclepio, Hygea y Panacea) estrecharon, aún más si cabe, su relación con el mundo de la salud.

Pero esa es otra historia.

Hablábamos del sol.

Sus efectos sobre la salud durante casi toda la existencia de la humanidad han mantenido la misma con-

troversia que los poderes del dios que le representa.

Por una parte, el color moreno de la piel constituía un signo de inferioridad social a diferencia del color blanco, propio de los que podían permitirse estar en sus palacios sin sufrir el fragor de sus rayos. Así, en el Cantar de los Cantares, el libro del amor por excelencia contenido en el Antiguo Testamento, dice la amada:

*Tengo la tez morena, pero hermosa, /
muchachas de Jerusalén,
como las tiendas de Cadar, / como los
pabellones de Salomón.
No os fijéis en mi tez morena, / es que
el sol me ha bronceado:
enfadados conmigo mis hermanos / me
pusieron a guardar sus viñas;
y mi viña, la mía, no la supe guardar.
(Cant. II, 5-6)*

Ejemplo de vida y conversión, pero también de los efectos cutáneos de la radiación ultravioleta, es la biografía de Santa María Egipcíaca. Según la *Vita*, escrita por Sofronio, patriarca de Jerusalén (Damasco, hacia 560-638), esta mujer vivió durante 17 años una vida disoluta practicando la prostitución, para después arrepentirse y transformarse en una asceta del desierto. En un estricto simbolismo que enlaza la piel blanca con la belleza y la piel morena con su antítesis, el poema hagiográfico que relata su vida,

escrito en pareados irregulares en 1451, redacta la cromática descripción de su cambio de aspecto de este modo:

Toda se mudó d'otra figura / que non ha paños nin vestidura.

Perdió las carnes e la color, / que eran blancas la flor; e los sus cabellos, que eran rubios, / tornaron blancos e suzios.

Las sus orejas que eran albas, / mucho eran negras e pegadas.

Tal vez por estas y otras consideraciones históricas, la piel blanca ha sido objeto de deseo por parte de todos aquellos que aspiraban a la belleza y a la excelencia social (fig. 1). Buena prueba de ello son los maquillajes blancos de las *geishas*



Figura 1. No tener la piel blanca, sin manchas ni imperfecciones, era un impedimento para el objetivo de la mayoría de las mujeres de la primera mitad del siglo xx: casarse.

japonesas; los trajes regionales de los insolados lugares mediterráneos, con abundantes y completísimos sombreros y velos que cubren la piel de forma eficaz; la moda romántica asociada a la palidez casi enfermiza; los primeros cosméticos que ofrecen blancuras infinitas...

Pero también el sol y su repercusión saludable ha sido anhelado en toda su magnitud. Su asociación con la ausencia o mejoría de las enfermedades infecciosas y óseas –donde entra el sol, no entra el doctor– o de las alteraciones psíquicas –estímulo de la mujer melancólica, fortaleza de los adolescentes introvertidos, alegría de los ancianos deprimidos– ha sido un concepto que se ha puesto de manifiesto de forma evidente a partir del siglo xx.

Y para que todo esto pudiese ocurrir, había que ponerse moreno. A este respecto, puede que Coco Chanel, icono de la moda y referente internacional de la industria del lujo y del feminismo, fuese el detonante, cuando en 1929 se atrevió a decir que «un color tostado de la piel es el índice de lo chic, de lo que debe llevarse».

Ciertamente esta tendencia no era casual. Comenzaba la liberación de la mujer, tímidamente representada por su entrada en el mundo del deporte, del tabaquismo y de la ropa ligera y sencilla (fig. 2).



Figura 2. Casi inadvertidamente, en la década de los años 20 del siglo pasado, comienza a asociarse la belleza con la libertad, la vida al aire libre, la ropa ligera... y el color bronceado. Se inicia la liberación de la mujer.

El 5 de julio de 1946 nace el bikini, y ya todo corre cuesta abajo con un mismo fin: la piel morena, los cosméticos que la favorecen, los solarios, las cámaras de luz ultravioleta, la tanorexia... y el cáncer.

El sol produce cáncer de piel. Existen suficientes evidencias científicas. La Organización Mundial de la Salud lo reconoce también, incluyendo las camas solares entre los factores cancerígenos.

Así pues, hoy nos sentamos en la butaca de los espectadores de la historia y comprobamos cómo el mundo se da la vuelta. Cremas fotoprotectoras, ventanas con cristales de mayor filtración de

la radiación, ropas con alto factor de protección, nutricosméticos con betacarotenos y antioxidantes para prevenir y eludir los efectos deletéreos de la radiación ultravioleta...

De espaldas al sol. Lo manda la medicina, lo requiere la salud. Aunque no podamos conseguir...

*...zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.*

Federico García Lorca, *Cancionero gitano*